

Tal era el estado de las cosas, cuando de súbito llegó un antiguo negociante francés, establecido de muy atrás en Gothenburgo, donde no había sido afortunado en sus especulaciones, y que en ocasión semejante era un excelente agente de elecciones. Enviado por el príncipe de Ponte Corvo con cartas y caudales, tenía encargo de ponerlo todo por obra para sostener al candidato francés. Instantáneamente se divulgaron los más extraños rumores. Sin que enseñara órdenes é instrucciones del gobierno francés, que no tenía, se dieron á decir por todas partes que era necesario tener un espíritu poco penetrante para no comprender todo el pensamiento de Francia, pensamiento que se veía obligada á callar por miramientos políticos de fácil alcance; pero pensamiento evidente, positivo, de que había que estar seguros, y que no era otro que el de la elevación al trono de Suecia del príncipe de Ponte Corvo, este general ilustre, consejero prudente, inspirador de Napoleón en sus más brillantes campañas y en sus actos políticos más insignes. Dondequiera se preguntaba cómo había entendimiento tan tarde que no comprendiera este pensamiento y no viera el motivo del silencio aparente y hasta afectado á que se hallaba condenada Francia. Esta comedia, hábilmente representada, tuvo éxito completo: nadie quiso pasar por espíritu obtuso, incapaz de penetrar el profundo pensamiento de Napoleón; todos creyeron que era el que se ha dicho, hasta el extremo de invadir al cabo de algunas horas la tal opinión el gobierno y los Estados tanto que el rey hubo de retroceder de la presentación que había hecho y la comisión de los Estados del voto que había emitido, con lo que una noche fué presentado y elegido casi por unanimidad el príncipe de Ponte Corvo príncipe real, heredero de la corona de Suecia. Este extraño fenómeno, que debía elevar al trono á la única dinastía napoleónica que se había de conservar en Europa, demostraba dos cosas: hasta qué punto era poderosa la opinión en Suecia de tener monarca de origen francés y cuán poco tiempo se necesita para que una opinión estalle, cuando es general, aunque esté comprimida y momentáneamente disimulada.

Mas para que en esta revolución fuera estupendo todo, á tiempo en que el agente secreto, autor de esta súbita mudanza de rumbo electoral, partía de París, enterado Napoleón de su viaje, y sospechando que abusaría del nombre de Francia, previno al ministro de Negocios extranjeros que le desmintiera, bien que el despacho en que lo hizo llegó tarde á Estokolmo (1). Elegido fué, pues, el príncipe destinado á ser aliado de Francia (pronto se verá de qué manera fué aliado). Al saber Napoleón la elección esta, sonrióse con cierta especie de amargura, como si penetrara en las profundidades de lo futuro. Sin embargo, no habló de este asunto más que con indiferencia, teniendo en su fuerza una fe absoluta, y considerando la ingratitud que preveía como uno de los timbres de la carrera de un grande hombre. Con altanería y dulzura recibió al antiguo general Bernadotte, que le iba á pedir la aprobación indispensable para Suecia; le dijo que era extraño á su elevación al trono, porque su política no le permitía

(1) Esto lo escribo con presencia de la carta en que fué desmentido y que existe en el archivo de Negocios extranjeros. (N. del A.)

mezclarse en tal asunto, pero que veía con satisfacción este homenaje rendido á la gloria de los ejércitos franceses; que además estaba muy seguro de que el mariscal Bernadotte, oficial de estos ejércitos, jamás olvidaría lo que debía á su patria; que en esta confianza le complacía la elección hecha por Suecia, y que, no queriendo que un francés hiciera en el extranjero mala figura, había ordenado á Mr. Mollién que le diera todos los fondos que necesitara (2). Después de este discurso, acompañó Napoleón al recién elegido con una dignidad graciosa, aunque fría, hasta la puerta de su gabinete.

El príncipe de Ponte Corvo, que á la sazón no pensaba más que en presentarse en Suecia rodeado del favor de Napoleón, recibió de Mr. Mollién un millón de francos, y marchó sin demora á Estokolmo, donde fué recibido con alegría extremada. Inmediatamente se dedicó á halagar á todos los partidos, tomando un semblante distinto á presencia de cada uno de ellos; con la antigua corte, haciendo gala de ser un rancio aristócrata del ejército del Rhin, que se hacía llamar señor cuando en todas partes se llamaba á todo individuo ciudadano; con el partido liberal blasonaba de ser antiguo general fiel á la república, á la cual había servido; por último, con los secretos parciales de Inglaterra, que abundaban entre los comerciantes, dejando trascender todo el odio que nutría en el seno de su alma contra Napoleón, antes de su fortuna.

Por algún tiempo era posible hacer estos papeles contradictorios y debían lograr éxito hasta el instante en que cedieran el puesto á uno solo, el de un enemigo irreconciliable de Francia, último papel que por una deplorable oportunidad debía lograr éxito á su vez cuando la tormenta del odio universal estallara contra nosotros. Yendo muy de prisa buscando algo con que satisfacer el orgullo sueco, el príncipe real, con una precipitación de advenedizo, discurrió hacer al ministro de Francia una singular confianza, y que probaba la idea de la fidelidad política tenía formada.

Esta era la época en que, según se ha dicho, preparaba Napoleón, aunque sin apresurarse, la campaña de Rusia. Se hablaba dondequiera de una grande guerra en el Norte; estos rumores debían en breve calmarse algo de resultas del aplazamiento de las hostilidades para otro año; pero á la sazón tenían toda su intensidad primitiva. Mostrando el príncipe real de Suecia en tal coyuntura una adhesión afectada á Francia, dijo á nuestro ministro que veía bien lo que se preparaba, que habría una gran guerra muy pronto; que se acordaba de la de 1807; que en ella había prestado importantes servicios (lo cual nada tenía de verdad según se ha probado); que sería difícil y arriesgada, y que Napoleón necesitaría de alianzas poderosas; que un ejército sueco lanzado á Finlandia, casi á las puertas de San Petersburgo, podría ser de inmensa ayuda, pero que sin embargo era poco probable que se llegase á recuperar esta provincia; que en Suecia no se lisonjaban de tal cosa, y antes por el contrario todos veían en la Noruega como la compensación natural, necesaria y única posible de la pérdida de Finlandia, y que si, por ejemplo, quisiera Napoleón asegurar de seguida la Noruega á Suecia, pondría todos

(2) Mr. de Talleyrand, testigo de esta entrevista, me ha contado más de una vez los pormenores que aquí pongo. (N. del A.)

los suecos á sus plantas, para que de ellos dispusiera á su antojo después de ofrecer así su auxilio. El nuevo príncipe real tuvo el atrevimiento harto poco decoroso de amenazar con su hostilidad inmediata si su propuesta no era admitida y de dedicarse á poner en claro hasta qué punto podía hacer daño, luego de expresar hasta qué punto era capaz de servir de provecho. Hasta lo hizo con una falta de pudor que tenía algo de repugnante, siendo francés el uniforme que usaba pocos días antes y gracias al cual se le había abierto paso al trono de Suecia.

Asombrado el ministro de Francia, conmovido ante este espectáculo odioso, vista la gravedad de la propuesta, apresuróse á escribir á París con objeto de que le dictara Napoleón la respuesta á semejante proposición. Napoleón, lo decimos en su alabanza, sintió un movimiento de indignación que tuvo grandes consecuencias, que hubiera debido proporcionarle mejor suerte; y de seguro se la hubiera deparado, si su prudencia en todas las cosas igualara á su lealtad en ésta. Para ceder la Noruega á Suecia tenía que despojar descaradamente á su más fiel aliada, la Dinamarca, que, atormentada por las leyes del bloqueo continental, las soportaba sin embargo con admirable paciencia, y suministraba excelentes marineros á nuestras escuadras. Sonrojóse de indignación y de menosprecio al oír tal propuesta, y dirigió á su ministro de Negocios extranjeros una de las mejores y honrosas cartas escritas de su puño. Veía y no extrañaba que la cabeza del nuevo príncipe real era desarreglada, bulliciosa, efervescente. En vez de estudiar el país adonde llegaba, de hacerse allí estimar por una actitud tranquila, decorosa, formalmente ocupada, no trataba el príncipe más que de halagar á éste, de acariciar á aquél, y suscitaba temerariamente cuestiones de las cuales podía nacer un incendio. Esta era una conducta lamentable y á la cual no había que dar ayuda. Hacer traición á Dinamarca era para Francia un crimen imposible, y que en proponérselo había tan poca cordura como deencia. Todo aquel aparato de servicios prometidos á Francia ó de males que hacerla, no le movía cosa alguna, pues no estaba pendiente de ningún enemigo del mundo y menos aún de un aliado. No obraba sensatamente el príncipe al explicarse de tal modo; por fortuna el rey y el gobierno distaban mucho de usar este lenguaje, y de consiguiente no había que hacer ningún caso. Después de estas reflexiones, recomendaba Napoleón á Mr. Alquier, nuestro ministro, que no agravara al príncipe, sino que le hiciera entender que se extrañaba obrando y hablando tan precipitadamente y sobre todo hablando en aquel tono; que no le respondiera sobre los asuntos que había suscitado tan ligeramente, y le hablara poco de negocios, pues al cabo no era más que heredero presunto; que no tuviera relaciones más que con el rey y los ministros, y dijera á cada uno de ellos, sin reserva ó secretamente, que lo que Francia esperaba de Suecia era fidelidad á los tratados, particularmente al último de paz escandalosamente violado en aquel momento; que esperaba más que nada la supresión del depósito de Gothenburgo, sin lo cual volviera á empezar la guerra, y la Pomerania sueca, recientemente restituída, sería una vez más la prenda de que se apoderara para obligar á Suecia á cumplir sus deberes. Por el mismo correo dispuso Napoleón que, sin expli-

car el motivo, se recomendase á Dinamarca que mantuviera siempre en Noruega muchas tropas.

De esta manera aparecían las disposiciones de Europa en vísperas de la grande y última lucha á que Napoleón iba á retarla. Exteriormente la sumisión más completa con el odio más implacable en el fondo, y por lo menos embarazo, en donde el odio no existía. Así nuestros aliados alemanes, Baviera, Wurtemberg, Sajonia, Baden, hacían cuanto queríamos y preparaban sus contingentes; pero temblaban en secreto al ver los odios que se albergaban en el corazón de sus súbditos y la animadversión inspirada por la quinta. Adictos á la causa de Napoleón por miedo é interés, agraviados á menudo por sus exigencias y su lenguaje, bien que temerosos de perder el engrandecimiento que habían recibido de su mano, anhelaban que no se expusiera á nuevos riesgos, y por este motivo les intimidaba extremadamente la próxima guerra. Con especialidad el rey de Wurtemberg, poco escrupuloso en materia de alianzas, no teniendo por buena más que la que aumentaba sus rentas y su territorio, no experimentando de consiguiente ningún remordimiento por haberse entregado á Napoleón, y juntando mucho talento á una gran energía de carácter hasta el punto de decir siempre lo que pensaba al omnipotente protector de la Confederación del Rhin, dirigióle algunas objeciones relativas á los aprestos de la nueva guerra y al envío de un destacamento wurtembergués pedido para Dantzick. Inmediatamente le respondió Napoleón una larga y curiosa carta, que revelaba al descuido la extraña fatalidad, bajo cuyo imperio corría á nuevas aventuras. En esta carta le decía que nada le importaba un regimiento más ó menos, sino la ventaja de tener en Dantzick alemanes más bien que franceses, porque excitaban menos celos; que deseando tener alemanes, los quería de todos los Estados de la Confederación; que le era imposible no tomar posición en Dantzick, siendo la verdadera base de operaciones para una campaña en el Norte; que esta campaña no la hacía por gusto ni por capricho de joven príncipe, belicoso y anhelante de un estreno brillante en el mundo; que se aprestaba á hacerla; que lejos de agradecerle le desplacía (lo cual era verdad y hacía más chocante la locura de su ambición); pero que la consideraba inevitable; que si no estallaba en 1811, estallaría en 1812; que á lo sumo se podría retardar un año, y que muy mal agenciara sus asuntos y los de la Confederación si se dejara sorprender por un enemigo á quien permitiera prepararse impunemente; que por tanto obedecía á la necesidad, no á su inclinación, é insistía en tener dos batallones wurtembergueses destinados á completar la guarnición de Dantzick. ¡Necesidad! Tal era, según hemos dicho, la idea de Napoleón, necesidad efectiva sin duda, admitiendo como necesidad para él la de hacerse obedecer sin dilación, sin límite, sin una sola restricción, por todas las potencias de Europa, las que estaban cerca y lejos, aquellas cuya concurrencia importaba á sus designios y aquellas otras en que no siendo indispensable, aunque preciosa, se obtenía en bastante medida, y en ella nada dejaban que desear más que á su orgullo. ¡Tal era la necesidad que se podía invocar para esta guerra! Al recibir esta carta el rey de Wurtemberg, que tenía á Napoleón verdadero afecto, y al reconocer la inutilidad de sus observaciones, cesó de oponer resis-

tencia, y lleno el espíritu de los presentimientos más fatales, envió sus dos batallones.

Se acababan de recibir algunas noticias de Oriente y de tener informes de cómo habían sido acogidas las primeras tentativas hechas en Constantinopla. Salvádose habían Moldavia y Valaquia, sin convertir desde luego á los turcos en aliados. Con efecto, éstos al ver obligada á Rusia á retirar parte de sus tropas, se prometieron no ceder nada para vivir en paz con ella; pero desconfiando tanto de nosotros como Mr. de Metternich había dicho, se guardaron muy bien de oír de nuestra parte ninguna proposición de alianza. Lejos de hallarse dispuestos á batirse á nuestro lado, estaban determinados á no batirse ni en contra ni en favor de nadie, convencidos de que se aspiraba á servirse de ellos un instante para abandonarlos en seguida. Así aguardaban impacientes el día en que, estrechada Rusia por Napoleón muy de cerca, se viera precisada á entrar en tratos, para celebrar con ellos una paz ventajosa, y no consideraban tal la que les costara la más mínima porción de territorio. Mirando Rusia este porvenir muy cercano, les había dirigido una proposición media, la de guardar para sí la Besarabia y la Moldavia, restituyéndoles la Valaquia. Además había pedido la independencia de la Servia. Viendo los turcos llegar la hora en que la Rusia no podría dejar sus tropas junto al Danubio, rechazaban todas sus ofertas y reclamaban pura y simplemente el *status ante bellum*. Pero tan astutos como acusaban á sus enemigos de serlo, disimulaban ante Francia su resentimiento oculto, afectaban haberlo olvidado todo y hasta mostrarse propicios á aliarse con ella, á condición de que en prueba de anudarse la amistad sinceramente, pasarían sin tardanza el Vístula los ejércitos franceses. Hasta aquí fingían dudar del grande cambio político de que se les hablaba, aunque no tenían sobre este punto la menor duda. Su cuidado en no comprometerse era tanto, que hasta eludían las preguntas de Austria; no eran menos reservados con ella que con nosotros, y no vacilaban en decirle que también les había abandonado cuando así le convino; que de consiguiente no se creían obligados á nadie, y que si volvía á ser su aliada, sería por obediencia á Napoleón y no por amistad hacia ellos. Al explicarse de este modo usaban en su lenguaje de cierta mofa que probaba, con todo lo demás de su conducta, que si perdían bajo el aspecto de aquella energía salvaje á la cual debieron algún día su grandeza, ganaban cotidianamente bajo el aspecto de su sutileza política. ¡Triste progreso el suyo venir á ser griegos, griegos tales como aquellos á quienes despojaron el año 1453 de Constantinopla!

No gozaba, pues, Mr. de Metternich cerca de los turcos de mayor crédito que la diplomacia francesa. Resultado adquirido era impedirles entregar la Moldavia y la Valaquia á los rusos, pero era resultado improbable conseguir que se batieran contra los rusos y á favor de los franceses y los austriacos.

Mientras preparaba sus alianzas y sus ejércitos para la gran guerra del Norte, diferida, pero desgraciadamente inevitable, Napoleón, con su común actividad de talento, trataba de despachar sus asuntos interiores, á fin de no dejar detrás de sí ningún embarazo cuando se viera obligado á ausentarse por un tiempo cuya duración ignoraba. Según ya hemos expuesto, quiso reu-

nir el concilio, del cual aguardaba el término de las cuestiones religiosas, el mismo día del bautizo del rey de Roma. Le parecía conveniente reunir á todos los cuerpos del Estado, convocados en torno de la cuna de su hijo, á la Iglesia católica misma, y hacer que ésta consagrara el título de rey de Roma, dado al heredero del nuevo imperio. Ora porque repugnaba esta especie de compromiso á los prelados, ya dentro de París en su mayor parte, ora porque la razón alegada fuera sincera, expusieron que la mayoría de ellos eran de edad bastante avanzada para que pudieran resistir la fatiga de una doble ceremonia en el mismo día, y así la reunión del concilio se aplazó para el domingo siguiente al bautizo. No pudieron, pues, los prelados asistir á esta solemnidad más que individualmente y no como cuerpo representante de la Iglesia.

Para la solemne ceremonia del bautizo del rey de Roma se eligió el día 9 de junio. Todo se puso por obra á fin de que fuese digna de la grandeza del imperio y de los vastos destinos á que estaba llamado el niño monarca. En la tarde del 8 de junio se trasladó Napoleón de Saint Cloud á París, rodeado de una magnífica comitiva, poco más ó menos igual á aquella con que maravilló á los parisienses cuando vino al Louvre á celebrar su matrimonio. Apenas había pasado un año y ya tenía un heredero, y podía decir con orgullo que la Providencia le concedía todo lo que anhelaba con la puntualidad de una potestad sumisa. ¡Ah, no lo estaba, y se lo debía probar muy pronto! Pero parecía que le prodigaba todas las felicidades como para que fuese de mayor bulto la falta de abusar de ellas, y más terrible el castigo que trajera consigo esta falta. A París llegó la tarde del 8 de junio, rodeado de los reyes de su familia; de José, que se había valido de este pretexto para librarse de los horrores de la guerra de España; de Jerónimo, que había abandonado su reino para asistir á esta solemnidad; del duque de Wurtzburgo, enviado por el emperador de Austria para representarle en el bautizo de su nieto. Efectivamente, Napoleón tuvo la atención delicada de rogar á su suegro que fuera padrino del augusto infante, y muy deseoso el emperador Francisco de complacer á su terrible yerno, aceptó la calidad de padrino y encargó al duque de Wurtzburgo que hiciera sus veces. Toda la población de París se agolpó al paso de la soberbia comitiva, ya consolada en parte de los sufrimientos mercantiles de este año por la marcada restauración de la actividad de la industria y por los inmensos pedidos de la lista civil y de la administración de la guerra. Por otra parte, se congratulaba de esta nueva prenda de duración otorgada por el cielo á una grandeza inaudita, que era no sólo la de un hombre, sino la de Francia, y tanto que en los días que manifestaba contra Napoleón vivo descontento, se derivaba éste de que parecía poner en peligro la tal grandeza. Le aplaudió una vez más, aunque el entusiasmo no fuera el de los primeros tiempos, le aplaudió dominada y seducida siempre que le veía, siempre maravillada de su fortuna y de su gloria, siempre arrastrada como toda grande población por el movimiento de las festividades solemnes. París resplandecía con mil fuegos: todos los teatros estaban abiertos gratuitamente á la apiñada muchedumbre: las plazas públicas estaban llenas de regalos ofrecidos al pueblo de París por el venturoso padre

del rey de Roma, y no contribuía poco á la satisfacción general la circunstancia de que el aplazamiento de la guerra por un año hacía esperar que pudiera evitarse. Rumores de paz completaban el júbilo de estos hermosos festejos.

Al día siguiente, que era domingo, acompañado Napoleón de su esposa y de su familia, llevó á su hijo á

divisar de repente tantas ruinas, tanta sangre é incendios, y las llamas de Moscou, y los hielos del Berecina, y Leipsick, y Fontainebleau, y la isla de Elba, y Santa Elena, y finalmente, la muerte de este augusto niño á los diez y ocho años, en el destierro, sin una sola de las coronas acumuladas á la sazón sobre su cabeza, y tantas otras revoluciones más que debían encumbrar de nuevo



María Luisa

Nuestra Señora, templo de la consagración de este soberano, y lo presentó á los ministros de la religión. Cien prelados y veinte cardenales, el senado, el cuerpo legislativo, los alcaldes de las buenas ciudades, llenaban el sagrado recinto donde el infante imperial iba á recibir las aguas bautismales. Cuando, acabada la ceremonia, volvió el prelado celebrante el rey de Roma á Mad. de Montesquiou, aya de los hijos de Francia, ésta le entregó á Napoleón, que, cogiéndole en sus brazos y levantándole sobre su cabeza, le presentó así á la lucidísima concurrencia, con visible emoción que fué general muy en breve. Este espectáculo conmovió todos los corazones. ¡Qué profundidad en el misterio que rodea la vida humana! ¡Cuán dolorosa sorpresa, si detrás de esta escena de prosperidad y de grandeza se hubieran podido

á su familia después de haberla abatido! ¡Cuán benéfica es la Providencia al ocultar al hombre su mañana! ¡Qué escollo también para su prudencia el prever este mañana y conjurarlo á fuerza de cordura!

Al salir Napoleón de la metrópoli entre inmensa muchedumbre, dirigióse á la casa del ayuntamiento, donde estaba preparado un banquete imperial. Bajo los gobiernos absolutos se halaga de buena voluntad al pueblo en ciertas ocasiones, y especialmente la ciudad de París ha recibido de sus soberanos á menudo caricias que no les comprometían nada. En su seno quiso celebrar Napoleón el nacimiento de su hijo, y en su seno pasó este día de consiguiente. Admitidos los habitantes de París á la fiesta, pudieron ver sentado á la mesa, con la corona en las sienes, rodeado de monarcas de su familia,

y de una multitud de príncipes extranjeros, comiendo en público como los antiguos emperadores germánicos, sucesores de los emperadores de Occidente. Fascinados por este espectáculo resplandeciente, aplaudieron los parisienses, lisonjeándose aún de que la duración se juntaría a la grandeza y la cordura a la gloria. ¡Bien hacían en regocijarse, porque este júbilo era el postrero de aquel reinado! ¡Ah! A contar desde esta fecha nuestra relación no será más que un largo duelo.

Fiestas de todas clases sucedieron los días siguientes a las del primero, pues en esta coyuntura quiso Napoleón prolongar todo lo posible las manifestaciones del público alborozo. Pero el terrible destino, que dispone de la vida de los más altos y más humildes mortales, y les impulsa sin tregua al fin señalado a su carrera, no quiso dejarle respiro por largo tiempo. Profundamente mezclados se hallaban los más graves asuntos unos con otros, sucediéndose sin intermisión y exigiendo su atención toda sin un instante de retardo. Su hijo fué bautizado el 9 de junio; al domingo siguiente, día 16, fué necesario juntar el concilio.

Al principio de este libro se han visto las causas que tuvo Napoleón para convocarle. Una comisión eclesiástica compuesta de prelados, otra comisión civil compuesta de hombres políticos de nota, el príncipe Cambaceres entre ellos, examinaron y resolvieron, como se verá a continuación, las numerosas y graves cuestiones que se originaban de la convocatoria de semejante asamblea.

Ante todo, ¿se podía celebrar un concilio sin la voluntad y presencia del papa? Sobre esto la historia de la Iglesia no permite la más leve duda, pues hubo concilios convocados por los papas contra los emperadores opresores de la Iglesia. Además, el buen sentido, que es la luz más segura así en materias religiosas como de cualquiera clase, decía en efecto que, teniendo la Iglesia que salvarse a sí misma, y habiéndolo alcanzado con maravilloso discernimiento, ora contra papas prevaricadores, ora contra emperadores que abusaron de su poderío, se necesitaba que se pudiera constituir independientemente de aquellos a quienes debía de contener ó de castigar.

¿Convenía formar un concilio ecuménico, es decir, general, ó nacional tan sólo? Un concilio general hubiera tenido más autoridad y conviniera más a la política y a la imaginación grandiosa de Napoleón; pero aunque abarcara la mayor parte de la cristiandad con su imperio y con sus aliados, quedaban fuera de su poder muchos prelados en Austria, en España, en algunos puntos de Alemania y Polonia, para arrostrar el inconveniente de su ausencia ó su posición. Probabilísimamente no hubieran acudido y protestaran contra la formación de un concilio é invalidaran de resultas la legitimidad del que se celebrase. Convocando un concilio nacional exclusivamente, que comprendiera a los prelados del imperio francés, a los de Italia y parte de Alemania, se debía juntar una asamblea de las más imponentes y que bastaría del todo para resolver las cuestiones que le fueran sometidas.

Si hubiera que consultarle sobre las inmensas cuestiones de la soberanía temporal de los papas, de su residencia en Roma ó en Aviñón con una dotación de dos millones, y su dependencia del nuevo imperio de Occi-

dente, sólo un concilio ecuménico tenía poder para determinarlas, y de todas maneras es dudoso que jamás se hallara una asamblea de prelados, por muy aterrados que estuvieran, que aprobase el despojo del patrimonio de San Pedro, y consintiese en segregar al jefe de la Iglesia de la lista de los soberanos. Pero Napoleón se hubiera guardado muy bien de tocar estas cuestiones, ¿Qué necesitaba según el estado de las cosas? Proveer al gobierno de las diócesis, alcanzando la institución canónica de los obispos que había nombrado. Rehusando esta institución y contrariando a falta de ella el arbitrio de los vicarios capitulares, tenía el papa a Napoleón en jaque hasta cierto punto, y embarazaba completamente la marcha de su gobierno. Si se llegaba a conseguir por medio de una resolución impuesta al papa, ó aprobada por él, é impedir que fuese un arma en manos de la Iglesia romana, para estorbar la administración de las diócesis, Napoleón salía de tantos embarazos, pues no queriendo emprender nada contra los dogmas de la Iglesia, queriéndolo dejar todo como en lo antiguo bajo el aspecto espiritual, y hasta favorecer el desarrollo de la religión, no tenía que temer un cisma. Así esperaba que, sacados por la regularización de la institución canónica los asuntos religiosos del carril en que, por decirlo así, estaban metidos, el papa cautivo, a la vista de que marchaba todo y marchaba bien sin su concurrencia, sin su soberanía, acabaría por aceptar la nueva situación que se le había propuesto.

No siendo uniforme el método de nombramiento y de institución canónica de los obispos en los diferentes países, y habiendo variado especialmente con el transcurso de los siglos, ocurriría otra cuestión de disciplina local que un concilio nacional podía resolver, por supuesto para Francia é Italia, y esta solución bastaba a Napoleón, porque el papa quedaba así privado del arma de que hacía uso para entorpecer todo.

Por estas diversas razones se convino en que se formaría un concilio compuesto de los obispos de Italia, de Francia, de Holanda, de parte de Alemania, los cuales constituirían una asamblea de las más vastas y más majestuosas, la que se juntaría en París a principios de junio, y en que se le consultaría sobre el grave conflicto suscitado entre el poder temporal y la Iglesia. En un mensaje imperial se debía presentar la cuestión y en los términos siguientes poco más ó menos.

—Al ascender Napoleón al gobierno de Francia halló destruídos los altares, proscritos los ministros del culto, y levantó los unos y llamó a los otros. Empleó su autoridad en vencer formidables preocupaciones nacidas de una revolución y de todo un siglo filosófico, triunfó y volvió a florecer la religión católica por él restablecida. Numerosos y patentes hechos probaban que desde su advenimiento al trono no se había cometido un solo acto contrario a la fe, al par que se habían tomado muchas providencias para proteger la religión y extenderla; aunque a la verdad entre el papa y el emperador se había suscitado un triste disentiendo.

—Contando Napoleón la Italia entre el número de sus conquistas, había querido establecerse sólidamente en ella. Desde que restituyó el papa a Roma, lo cual hizo antes de que se celebrara el Concordato, encontró en el soberano temporal de los Estados romanos un enemigo declarado ó encubierto, pero siempre intratable,

y que nada perdonó por derribar el poder de los franceses en Italia. Asilo dió el papa a todos los cardenales hostiles al rey de Nápoles, a todos los bandidos que infestaban la frontera napolitana, y quiso continuar en relaciones con los ingleses, enemigos irreconciliables de Francia. Era, pues, no el soberano espiritual, sino el soberano temporal de Roma quien por una cuestión de interés material tan sólo, se había indispuerto con el soberano temporal del imperio francés. ¿Y qué arma había empleado? La excomunión, que ó era impotente, en cuyo caso exponía la autoridad espiritual al descrédito, ó destructora de todo poder, y tendía no menos que a volver a sumir a Francia y a Europa en la anarquía.

Aquí las quejas eran fáciles y debían encontrar eco, porque entre casi todo el clero, excepto la parte fanática, la bula de excomunión no había hallado más que desaprobadores, y entre las gentes ilustradas de todas clases no había quien no dijese que el papado había hecho así uso de un medio ridículo, si era impotente, culpable, si era eficaz, y digno de los anarquistas de 1793.

—Este era el primer caso que se había realizado, se debía decir además, y el papa recorrió entonces a un segundo medio: el de negar la institución canónica a los obispos nombrados. Con esto, por intereses temporales, había dejado perecer el episcopado en Alemania, hasta el punto de que de veinticuatro sillas germánicas no estaban provistas más que ocho, lo cual debía engendrar una vehemente sensación en los príncipes, la mayor parte protestantes, de apoderarse de las rentas de las mitras. ¿Procedería el papa del mismo modo en Francia? De temer era, pues había ya veintisiete sillas vacantes, que Napoleón había provisto y se negaba a proveer por su parte el papa, negando la institución canónica a los electos. ¿Por ventura se podía admitir que, para defender el papa sus ventajas temporales, pudiese la Iglesia en peligro y dejase perecer las ventajas espirituales?

A la Iglesia tocaba impedir que esto sucediese y medios tenía de conseguirlo. Al negar el papa la institución, había violado el concordato; y de consiguiente era ya un tratado abolido y cabía volverse a colocar en la condición de los antiguos tiempos, en que el papa no instituía los obispos, en que, elegidos éstos por los fieles, eran confirmados y consagrados por el metropolitano. Tal era la cuestión que el emperador no quería resolver por sí solo, pero se la presentaba a la Iglesia congregada, para que proveyese a su propia conservación y se salvarse del peligro a que acababa de sucumbir casi toda la Iglesia de Alemania.

Acordadas ya la forma del concilio y la cuestión que se había de someterle, los principales personajes que en los asuntos eclesiásticos ilustraban a Napoleón con sus luces, y le ayudaban con su apoyo, le suplicaron que tentara cerca del papa el último paso, que le enviara dos ó tres prelados de gran peso para anunciarle la reunión del concilio y empeñarle en que hiciera más fácil su tarea, adhiriéndose de antemano a ciertas soluciones que, una vez consentidas por él, hallarían una adhesión unánime. Así se conjuraría la tempestad que amenazaba, y se proporcionaría a la Iglesia la paz, la seguridad, la reconciliación con el poder temporal y el fin del aflictivo cautiverio del pontífice.

Ya Napoleón había enviado a Savona a los cardenales Spina y Caselli, y el poco éxito de esta misión le hacía considerar inútil toda tentativa de esta clase. Creía que los prelados reunidos en París y bajo su mano obedecerían a sus voluntades; que formularían, dictándola él, una resolución que se enviaría después a Savona, revestida con la autoridad del concilio, y que el papa no osaría oponerse a ella. Sin embargo, se insistió cerca de él con mucho ahinco, y al cabo se logró inclinarle a á este paso.

Entre los eclesiásticos a cuya ayuda se había apelado, había muchos de grande autoridad, de verdadero mérito y dignísimos de ser oídos. No era de éstos su tío, el cardenal Fesch, que colocado por él a la cabeza del clero, se portaba como su hermano Luis en Holanda, exceptuando la buena fe; tampoco el cardenal Maury, hacia quien la Iglesia toda, por celos y por afectación de austeridad, se mostraba cruelmente ingrata; tampoco el abate de Pradt, promovido al arzobispado de Malinas y uno de aquellos a quienes la institución se había negado, prelado de mucho talento, pero de una petulancia tal que formaba el contraste más estrambótico con su ropa, especialmente en un siglo en que la Iglesia había substituído la gravedad al genio; tampoco eran el abate de Boulogne, obispo de Troyes; Mr. de Broglie, obispo de Gante, que, después de haber sido los apoyos más firmes y útiles de Napoleón al tiempo de celebrarse el Concordato, habían pasado de la adhesión más calorosa a una irritación violenta, naturalísima y muy legítima, bien que imprudente; eran sí Mr. de Barral, arzobispo de Tours, Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, Mr. Mannay, obispo de Tréveris, y algunos otros.

Mr. de Barral era uno de los prelados más respetables, más instruidos, más versados en el conocimiento de las tradiciones de la Iglesia francesa y de los más acostumbrados al manejo de los negocios. Había sido agente general del clero y gozaba de autoridad suma. Por lo que hace a Mr. Duvoisin, obispo de Nantes, antiguo profesor de la Sorbona, y profesor de los más afamados, unía a un conocimiento profundo de las materias eclesiásticas una razón eminente, fino tacto, el arte de tratar con los hombres, y finalmente un notable talento político, talento cada vez más raro entre los jefes de la Iglesia y que no consiste en el arte de captarse la confianza de los soberanos para dominarlos, sino en el buen sentido superior que ha impulsado a la Iglesia a adaptarse al genio de los siglos en que ha vivido, haciéndose los atra- versar victoriosamente. Por último, Mr. Mannay, obispo de Tréveris, inferior a los primeros y tímido por extremo, era, sin embargo, un varón prudente y sabio y a quien se podía consultar útilmente.

MM. de Barral, Duvoisin y Mannay no aspiraban a apoderarse de Napoleón para sus ventajas personales, porque Mr. Duvoisin, especialmente, no queriendo perder ningún medio de contribuir al bien sin que se le tachara de ambicioso, había rehusado cuantas proposiciones le ofreció Napoleón, una tras otra. Estos prelados, lamentándose del carácter dominante de Napoleón, que deseaba colocar la Iglesia bajo la dependencia del imperio, profundamente afligidos de las violencias que se había permitido contra el Padre Santo, opinaban sin embargo, que, poderoso como era, destinado sin duda a fundar una dinastía, amigo de la Iglesia, aunque sin